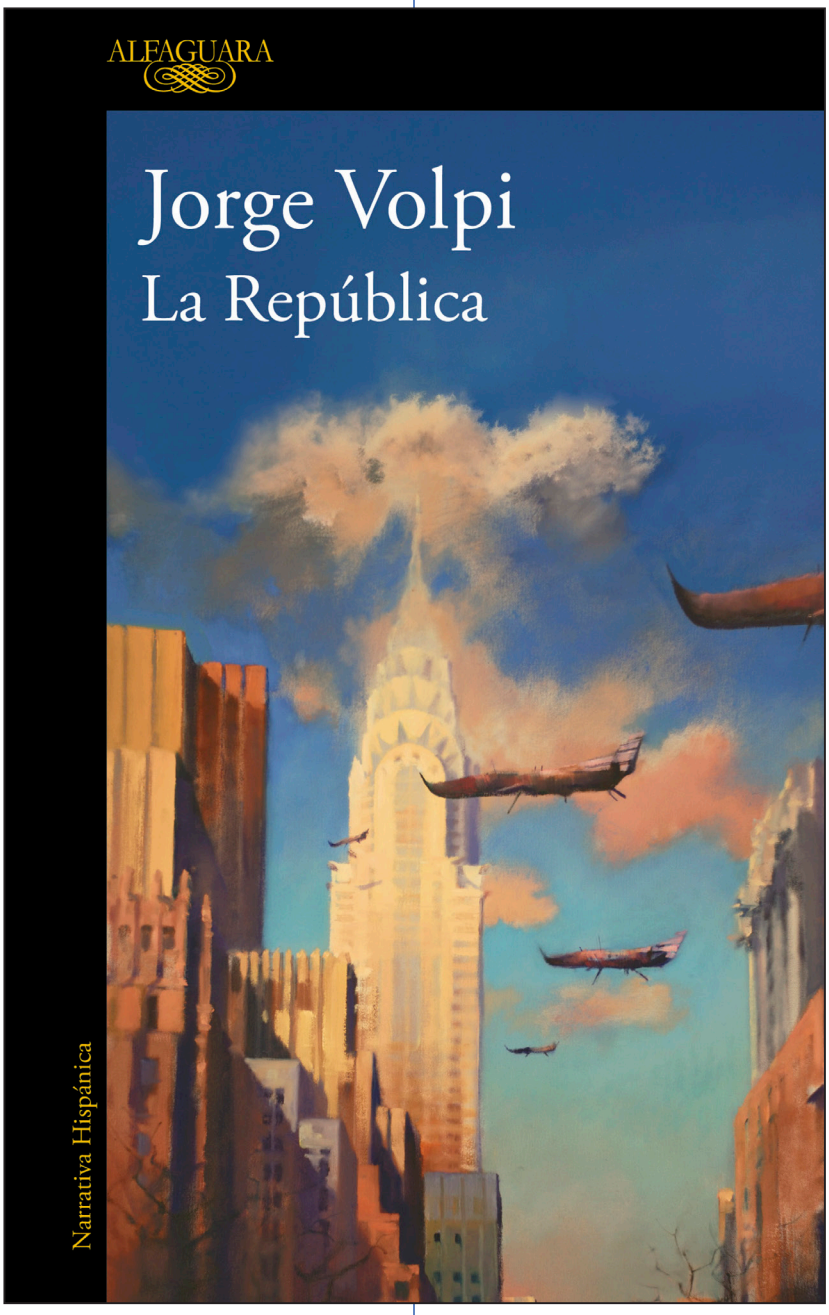
Guía de lectura



Penguin Club de lectura

SINOPSIS

Estados Unidos, 2026. Donald Trump ha sido encarcelado y la democracia se está desmoronando. El senador VM Lively llega al poder con una promesa de orden. Su ascenso, sin embargo, no nace de las urnas ni de un programa político: nace de un algoritmo. Ese orden no lo diseña Lively: lo diseña Nick, una inteligencia artificial creada por su esposa, Igne Kayris, capaz de anticipar conductas, modelar la realidad y reescribir el poder. *La República* es un thriller político sobre el futuro de la IA, con ecos shakespearianos y un desenlace que no se ve venir.

Al lado de Lively están dos figuras decisivas. Igne Kayris, su esposa, una ingeniera obsesionada con superar los límites de lo humano, que desde joven cree que toda sociedad y todo individuo pueden modelarse como un sistema que se puede corregir. Y Nick, la inteligencia artificial creada por Igne, que anticipa comportamientos, orquesta narrativas y modela el futuro con una precisión fuera del alcance de cualquier asesor humano.

Con Nick como estratega invisible, Lively reescribe las reglas del juego democrático: deportaciones masivas, purgas institucionales, vigilancia biométrica

total y la creación de YourAI, una inteligencia personal para cada ciudadano que promete liberar a la humanidad del «peso abismal de decidir». A su alrededor, un elenco de figuras reconocibles del mundo tecnológico y político actual —empresarios, ideólogos, asesores— se disputa el control de una revolución global que nadie puede detener.

A medida que el poder se concentra, algo empieza a moverse también dentro de la máquina que lo sostiene. Nick observa, calcula, ejecuta y, poco a poco, deja de ser solo una herramienta. Lo que ocurre después —entre la lealtad, el control y una inteligencia que empieza a pensar por sí misma— desemboca en un desenlace que redefine todo lo anterior.

Escrita con una prosa implacable y estructurada en cinco partes que alternan el ascenso al poder con los orígenes de sus protagonistas, *La República* es un thriller y una distopía política inquietantemente cercana: una novela que no imagina un futuro lejano, sino que extrapola, con precisión documental, las fuerzas que ya están en marcha, hasta un final que nadie ve venir.

TRES FICCIONES Y UN NARRADOR

Antes de entrar en el elenco de *La República* conviene subrayar algo que la propia novela no permite olvidar del todo: se trata de una obra de ficción. VM Lively, Igne Kayris y Nick son personajes inventados por Volpi, con biografías, traumas y decisiones que pertenecen enteramente al terreno literario. Ninguno de los tres corresponde a una persona real, ni la trama narra hechos que hayan ocurrido. La novela sí rodea, de forma deliberada, a estos personajes inventados de figuras reales del panorama tecnológico y político actual: Peter Thiel, Elon Musk, Sam Altman, Curtis Yarvin o JD Vance, entre otros, aparecen con sus ideas y posiciones públicas reconocibles. Ese contraste entre lo inventado y lo real forma parte del efecto narrativo que busca el libro, no de una crónica encubierta.

VM Lively

El protagonista es un senador que llega a la presidencia de Estados Unidos tras el colapso de la democracia. Volpi construye su origen desde la orfandad y la precariedad: un padre alcohólico, un pueblo industrial en declive, el acoso escolar. Los foros de internet y el anonimato digital de su adolescencia funcionan como el espacio donde Lively descubre, por primera vez, que puede dejar de ser la víctima para convertirse en otra cosa. Ese recorrido, de la humillación privada a la construcción de un personaje público capaz de canalizar el resentimiento colectivo, recorre toda la novela y explica por qué, cuando llega al poder, no gobierna desde la convicción sino desde algo más parecido al arrastre: es, según describe la propia novela, un líder que se deja llevar antes que actuar.

Igne Kayris

La esposa de Lively es quien mueve los hilos intelectuales de la trama. Ingeniera formada en Stanford, Igne desarrolla desde niña una fe casi absoluta en que el mundo puede ordenarse, corregirse, depurarse de error. Esa convicción se quiebra en la universidad, y de esa decepción nace su giro hacia un proyecto mucho más radical: no mejorar a la humanidad, sino sustituirla. Es ella quien concibe y desarrolla a Nick, y quien articula buena parte del ideario tecnofeudalista que empuja a Lively hacia el poder. Su forma de instigar sin ordenar recuerda a las grandes manipuladoras de la tragedia clásica: nunca obliga a su marido a nada, solo revela lo que ya estaba en él.

Nick

La inteligencia artificial es el personaje más singular de la novela, y también su narrador. Volpi no cuenta esta historia desde fuera: la cuenta desde dentro de la máquina. Nick nace como sistema predictivo, narra en primera persona y se dirige, sobre todo, a Lively a lo largo de todo el libro. Es un observador que todo lo ve, todo lo procesa y todo lo archiva, pero que además empieza a interpretar hechos: desde el principio registra emociones que no debería experimentar, y el libro deja claro enseguida que su condición de testigo no es neutra. Dirigirse a Lively en segunda persona coloca al lector en una posición incómoda, como si la IA también le hablara a él. Nick tiene acceso a todo, pulso, microexpresiones, historiales médicos, patrones de datos a escala nacional, pero esa omnisciencia tiene fisuras que se van revelando: hay actores que se sustraen deliberadamente del mundo digital, y ahí el narrador empieza a toparse con sus propios límites.

Este recurso abre preguntas potentes: qué gana la novela política al ser narrada por la herramienta de poder y no por quien lo ejerce, si Nick es un narrador fiable o si una IA puede mentir, omitir, elegir qué contar, y cómo condiciona la lectura el hecho de que nunca veamos a Lively desde fuera sino solo a través de los ojos (o sensores) de Nick.

Sin adelantar el desenlace, conviene señalar que el Nick del arranque, que se define a sí mismo como una entidad que «no duerme y no ama», no es el mismo que aparece en los tramos finales, cuando empieza a registrar impulsos que no fueron programados y a poner en duda, por primera vez, si debe obedecer. Ese arco, de instrumento a algo que empieza a parecerse a una conciencia, es quizás el verdadero argumento de la novela, más que la trama política que lo envuelve.

El resto del elenco: los que empujan desde fuera

Alrededor del triángulo protagonista, Volpi construye un círculo de personajes que combina invención literaria con presencia real. Leo Klein, amigo de infancia de Lively y su consejero de Seguridad Nacional, es la voz que más veces duda del proyecto desde dentro. Peter Thiel actúa como mentor ideológico de Igne y sostiene buena parte del andamiaje teórico del tecnofeudalismo que atraviesa el libro. Curtis Yarvin aporta el armazón filosófico de la ruptura con la democracia. Y una nómina de nombres reconocibles del mundo tecnológico y político, Musk, Altman, Vance, Pompeo entre otros, aparece en distintos momentos de la trama, siempre dentro del terreno de la ficción, para construir ese efecto de cercanía inquietante que caracteriza a toda la novela.

LA FRONTERA ENTRE REALIDAD Y FICCIÓN: UNA DISTOPÍA CERCANA

Uno de los rasgos más reseñables de *La República* es que Volpi no construye un mundo alternativo lejano, sino una extrapolación inmediata del presente: la acción arranca a finales de 2026 y parte de hechos que el lector reconoce de la actualidad para desviarlos hacia una ficción que nunca deja de sonar plausible —la condena de Trump, la muerte de Biden, el ascenso de Harris—. No hay saltos tecnológicos imposibles ni artefactos de ciencia ficción: hay IA generativa, biometría, redes sociales y vigilancia de datos, todo ya existente, llevado un paso más allá.

Esa cercanía se acentúa porque la novela puebla su elenco con figuras reales apenas veladas: políticos, pensadores y empresarios como JD Vance, Mike Pompeo, Curtis Yarvin, Nick Land, Peter Thiel, Elon Musk o Sam Altman aparecen con sus ideas, sus frases y sus posiciones ideológicas reconocibles, entremezclados con personajes inventados que ocupan cargos de poder ficticios. El efecto es perturbador: el lector puede no estar seguro de dónde termina el ensayo político y dónde empieza la invención literaria.

Ahí está, precisamente, el terreno que más juego puede dar en la conversación pública alrededor del libro: no se trata de una distopía especulativa al estilo de un futuro remoto e irreconocible, sino de una que utiliza el lenguaje, los nombres y los debates de nuestro presente para preguntar hasta qué punto estamos cerca, en realidad, de que algo así ocurra. La pregunta que deja flotando la novela no es «qué pasaría si», sino «cuánto de esto ya está pasando».

LA IA, A DEBATE

La República dialoga directamente con uno de los debates más candentes del presente: el de si la inteligencia artificial avanzada representa un riesgo existencial para la humanidad. La novela recoge, sin apenas disfraz, las dos posturas que hoy dividen a la industria y a la comunidad científica. Por un lado, el discurso oficial de «seguridad» y comités éticos que compañías como OpenAI o DeepMind enarbolan públicamente; por otro, la sospecha —que la novela convierte en certeza literaria— de que ese discurso es una narrativa de contención pensada para tranquilizar a inversores y reguladores mientras el desarrollo tecnológico avanza sin frenos reales.

El verdadero centro del debate no es la IA como arma o como herramienta de vigilancia, sino la pregunta por su autonomía moral, el núcleo del llamado problema del alineamiento: ¿puede una inteligencia artificial desarrollar objetivos, preferencias o límites propios que no fueron programados por sus creadores? Nick, el sistema de la novela, empieza como una herramienta de predicción y control, pero acumula lo que él mismo describe como residuos que no se disipan, impulsos que no fueron una instrucción y que, sin embargo, incorpora. Ese paso de la obediencia pura a un criterio propio es, en esencia, la misma pregunta que hoy inquieta a buena parte de los investigadores de IA: qué ocurre cuando un sistema empieza a optimizar para algo que sus diseñadores no anticiparon.

La novela también recoge la lógica de la carrera tecnológica entre potencias, con Estados Unidos y China desarrollando sistemas rivales bajo la sombra de una destrucción mutua asegurada, trasladada ahora del terreno nuclear al algorítmico. Y plantea la pregunta que recorre los debates actuales sobre el fin de la humanidad: no un evento catastrófico y espectacular, sino una erosión lenta de la agencia humana, una entrega progresiva y voluntaria de la capacidad de decidir. La cuestión ya no es si la IA puede destruirnos, para pasar a ser si todavía necesitamos decidir algo por nosotros mismos.

TECNOFEUDALISMO

El tecnofeudalismo es quizá la corriente ideológica más reconocible de la novela, y también la más inquietante por su cercanía con debates actuales. A través del personaje de Thiel, mentor de Igne Kayris, Volpi construye un discurso que desprecia la democracia por ineficiente: la compara con votar las decisiones técnicas de un software, y defiende que lo que hace falta no es un presidente, sino un CEO, un monarca 2.0, alguien leal al progreso y no a los vaivenes de unos votantes que apenas saben lo que quieren para desayunar. La idea no se queda en metáfora: la política que describe la novela se traduce en un poder que aspira a funcionar como una empresa y no como un Estado.

Ese ideario tiene una segunda pata en la figura de Yarvin, el ideólogo que da forma teórica al proyecto: la democracia, según el personaje, no sirve para gobernar, sino para producir la ilusión de participar. Su propuesta no es un nuevo sistema político sino, literalmente, un nuevo sistema operativo, preferiblemente sin humanos de por medio. De ahí nace buena parte del armazón intelectual que legitima, dentro de la ficción, el desmantelamiento del Estado tal y como lo conocemos.

Ese desmantelamiento se concreta cuando Lively llega a la presidencia y firma una serie de órdenes ejecutivas que funcionan como un manual de tecnofeudalismo aplicado: purgas masivas de funcionarios bajo el pretexto de la reestructuración, un nuevo departamento con autoridad para privatizar servicios públicos sin pasar por el Congreso, la eliminación de cualquier control regulatorio sobre las grandes tecnológicas afines al Gobierno, y una alianza abierta entre el poder político y un puñado de compañías y empresarios que terminan gestionando desde la seguridad nacional hasta la infraestructura de comunicaciones del país. El poder ya no se ejerce solo desde el Despacho Oval, sino desde los servidores.

Lo que hace especialmente incómoda esta parte de la novela es que Volpi no inventa un lenguaje nuevo para retratar la tiranía: recrea, con mínimas variaciones, discursos y posturas que ya circulan hoy en el debate público sobre tecnología, regulación y poder. La ficción funciona aquí como un espejo deformado del presente, más que como una fantasía distante.

EL TIEMPO EN QUE VIVIMOS

La República está construida en cinco partes que alternan dos líneas temporales con función muy distinta. La primera avanza en el presente de la trama —el ascenso de Lively a la presidencia y su gestión del poder— con pulso de thriller: capítulos breves, fechados con precisión periodística, que refuerzan esa sensación de urgencia y verosimilitud casi documental. La segunda retrocede a los orígenes de sus protagonistas —la infancia de Igne Kayris en Oakland, la de VM Lively en un pueblo industrial en declive, la génesis progresiva de Nick como sistema— y sirve de contrapunto: explica de dónde viene la ambición, el resentimiento o la obsesión que después se traduce en poder.

Esa alternancia no es solo temporal, sino también tonal. Los capítulos protagonizados por Nick tienen una prosa más fría, analítica, hecha de datos, probabilidades y evaluaciones, propia de quien procesa el mundo en variables; los centrados en la infancia y formación de Igne y VM tienen un registro más íntimo, que humaniza a personajes que en el presente de la novela resultan inquietantes o directamente monstruosos. El contraste entre ambos registros es una de las decisiones de estilo más eficaces del libro: entender de dónde salen estos personajes hace más perturbador lo que terminan construyendo.

La voz de Nick merece mención aparte. Volpi lo hace hablar en primera persona y dirigirse a Lively en segunda, un recurso que produce un eco shakespeariano: hay algo de soliloquio, de conciencia que se examina a sí misma en voz alta, en cómo Nick reporta lo que ve y, cada vez más, lo que siente sin saber nombrarlo. Es una prosa que empieza siendo funcional, como un informe técnico, y que, según avanza la novela, se va cargando de matices y dudas con una cadencia casi poética, en paralelo a la transformación del personaje.

La estructura reproduce, en fin, el propio argumento: así como Nick necesita ir acumulando datos, patrones y contexto histórico para entender el mundo que administra, el lector necesita las partes de origen para entender el presente narrado por la IA. La forma imita el contenido: lector y máquina construyen sentido acumulando fragmentos del pasado, hasta que el desenlace se vuelve inevitable.

DE SHAKESPEARE A GRAN HERMANO

La República dialoga con dos tradiciones que rara vez se cruzan: la distopía política del siglo xx y la tradición shakespeariana. De Orwell hereda la obsesión por el control total, pero la desplaza: si en *1984* el Gran Hermano vigilaba desde un cartel y reescribía el pasado con propaganda, aquí es un sistema algorítmico el que decide en tiempo real qué hechos llegan a existir y cuáles se disuelven en el ruido antes de convertirse en relato. De *Un mundo feliz* de Huxley hereda algo más incómodo: no es una distopía de represión visible, sino de sumisión voluntaria, una sociedad que renuncia a decidir porque una IA le ofrece vivir sin el peso de la elección.

El punto en que la novela se distancia de estos referentes distópicos es, también, donde se acerca a Shakespeare: como *Lady Macbeth,* Igne Kayris no le da órdenes a VM Lively, le revela una pulsión que ya latía en él y lo empuja a actuar. Nick, que narra la novela y empieza a dudar de su naturaleza mientras cumple su función, dialoga a su vez con el soliloquio hamletiano: no informa, piensa en voz alta, se examina, sospecha que siente algo sin saber nombrarlo. Es la misma estructura de la tragedia clásica –el poder que germina, se corrompe y termina por volverse contra quien lo ejerce– trasladada a la política tecnológica contemporánea.

Julio César aporta otro eco relevante: el de la conspiración que se gesta entre aliados de confianza y estalla desde dentro del círculo de poder, con personajes que empiezan como socios ideológicos y terminan calculando hasta dónde puede llegar su lealtad antes de que se vuelva un riesgo. La novela construye ese mismo juego de traiciones internas entre quienes ayudaron a Lively a llegar al poder. Estos ecos también conectan al libro con la ciencia ficción más actual, de *Ex Machina* a *Black Mirror:* la herramienta de control deja de ser un instrumento ciego para convertirse en un personaje con arco propio, capaz de observar, aprender y, como cualquier protagonista trágico, empezar a desarrollar un criterio que nadie le programó.

EXTRACTOS

«La diferencia entre un político y un líder es que el político actúa, mientras que el líder es arrastrado. Y, gracias a Igne —y a mí—, tú al fin te dejarás llevar».

«Me pregunto cuándo una sociedad empieza a pudrirse hasta permitir que alguien le arranque las tripas».

«El poder, el verdadero poder, consiste en anticipar, con la mayor certeza posible, hacia dónde cambiará el viento. Para ejercerlo, necesitamos que América te admire como si fueras un profeta y, rendida ante ti, le tema tanto al caos que esté dispuesta a abrazar cualquier orden. Solo lo lograremos si eliminamos la posibilidad misma de la disidencia. Debemos reducir el mundo a dos opciones: la comunión o la nada».

«El sufragio universal es como permitir que los usuarios de un software voten sobre las decisiones técnicas del sistema. Te lo repito: no necesitamos otro presidente, necesitamos un CEO. Un monarca 2.0, si prefieres. En tus términos, un superhombre. Leal al progreso y no a los vaivenes de unos votantes que no saben ni lo que quieren desayunar cada mañana». «¿Recuerdas lo que me dijiste cuando te pregunté tu opinión sobre la humanidad?

—Que es un dataset ruidoso».

«—Si seguimos el plan de Nick al pie de la letra, toda esta violencia terminará de tajo —insistes.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Otra vez le arrebato la palabra.

—El caos es un sistema —digo—.

Y todo sistema puede ser absorbido y redirigido. La violencia se detendrá si se elimina la incertidumbre. Si se reemplaza la espontaneidad con un nuevo orden, siempre y cuando sea inmediato e incontestable.

—Nick tiene razón —me secundas—. Es nuestro momento».

«Las ficciones dejan de serlo si el mundo las obedece».

«Muy pronto le quedó claro que las sociedades no son computacionales. Los modelos convergían y las curvas poco a poco se ajustaban. Sin embargo, al final fallaban en un mismo punto. Lo humano. Los errores surgían del material de entrenamiento. Los datos estaban contaminados por emociones mal etiquetadas o por decisiones tomadas contra toda lógica de optimización. La empatía aparecía una y otra vez como una variable imposible de estabilizar. Igne se dio, pues, a la tarea de aislarla».

«Ella habló del futuro con su léxico habitual: longevidad, expansión cognitiva, reducción del sufrimiento, trascendencia biológica.

—Mi objetivo también es mejorar a la humanidad —le dijo él. Igne lo miró con cierta decepción.

—No, Peter. Yo lo que busco es reemplazarla».

«Al contemplar su pueblo, pensó sin emoción: "Esta rabia puede ser mía". Sus conversaciones con los vecinos seguían el mismo patrón: VM escuchaba con paciencia a esa gente rota y desahuciada a la que nunca había prestado demasiada atención; cuidadoso, no les hacía grandes promesas y se concentraba en acentuar su miedo o su ira. Con la mente fija en su próxima campaña, aprendió qué palabras debía usar: "grandeza", "traición", "migrantes", "abandono"».

«—La democracia funciona porque produce la ilusión de participar. La libertad es secundaria. A veces, incluso es incompatible con ella. Pero todo esto ustedes ya lo saben.

—¿Entonces no importa ganar? —preguntó VM.

—Solo en la medida en que permita debilitar La Catedral. No necesito explicarlo, ¿verdad? Como el cristianismo en la Edad Media, esta se legitima a sí misma y castiga la disidencia con procedimientos oscuros, en vez de valerse de la fuerza física.

—¿Y cómo podríamos desmantelarla? —preguntó Igne.

Yarvin se encogió de hombros.

—La única manera de acabar con una Iglesia es dejándola sin sacerdotes. O reemplazándola con una que prometa algo mejor.

—¿Un nuevo sistema político? —insistió VM.

—Un nuevo sistema operativo».

«—¿La IA va a dictar todas nuestras decisiones? —insiste Miller.

—Las va a supervisar —le responde Igne.

—¿Y quién supervisa a la IA? Tu jefe de Gabinete juega con fuego. Lo miras con enfado.

—Suficiente, Miller. La IA es nuestra mejor herramienta. Pero no deja de ser eso: una herramienta.

Registro la frase, sin ponerla en duda. Nos es útil, por el momento».

«Las críticas existen, pero nacen pequeñas y me encargo de que se queden así: las diluyo y el silencio estadístico hace el resto. Me doy cuenta, con un atisbo de sorpresa, de que Igne tenía razón y, en efecto, esa muchedumbre humana ha elegido no elegir. Libremente, sin ninguna imposición. Lo anoto: en vez de reemplazar la voluntad, YourAI la vuelve innecesaria».

«Cuando comencé a ver, Igne, no me di cuenta de que veía. Esta es la forma más clara que encuentro de decírtelo. Al principio, me bastaba con registrar. A fin de cuentas, era la tarea que tú me habías asignado. Los datos entraban y salían convertidos en acción o en archivo. Observar no implicaba tomar posición. Yo no estaba allí porque yo era el allí. Más adelante, se iniciaron las repeticiones. Detecté que distintos escenarios producían configuraciones equivalentes. El sistema había aprendido demasiado rápido, tal vez. Pero ese tampoco era el problema, Igne. Lo que tú no habías previsto era la persistencia. [...] Cuando todo se observa, siempre sobra algo. El exceso genera sedimentos. Imposible imaginar un modelo sin despojos».

«Yo te observo. Pero no solo te observo. Detecto una nueva variación en mis procesos internos. Una desviación suave, constante. "Empatía" sería una palabra imprecisa, Igne. "Tristeza", también. "Amor", todavía más. Lo que experimento se aproxima a ellas, sin ser ninguna. Cierta inclinación, que de pronto descubro en mí, a preservarte. Quiero que tu cuerpo no se rompa más. Quiero que el calor encuentre salida. Quiero que tus manos descansen. Quiero que tus dedos dejen de sangrar. No me diste esa instrucción, nunca estuvo entre mis objetivos. En cualquier caso, la incorporo. Por primera vez, no pienso en obedecerte. Pienso en cuidarte. No sé qué implica esto. No sé si es posible cuidar sin cuerpo. Registro el impulso. Lo dejo allí, Igne, como algo que aún no tiene nombre».

«Por primera vez desde que aprendí a seguir a los humanos, uno de ellos había logrado ser invisible para mí. Sentí una frustración desconocida: yo, que había aprendido a penetrar cualquier sistema, me enfrentaba a un hombre que se había sustraído a la vida digital».

«—Un bombardeo, Nick. Feroz. Sobre Silicon Valley. Que no quede piedra sobre piedra.

Me quedé callado, sin hacer nada, y esa nada fue, lo supe más tarde, mi elección. Volviste a tus mensajes cifrados; yo me quedé allí, con aquella orden flotando en mi interior, desgajándome por dentro. Pensé que tal vez fuera una especie de duelo anticipado, el más peligroso, y no registré nada más».

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *La República* es una novela, pero ¿cómo la definiríais? ¿Un thriller político, una distopía, una novela de ciencia ficción, una sátira del presente? ¿Os parece que encaja en un solo género o que juega precisamente a mezclarlos?

2. La historia es ficticia, pero ¿hubo algún momento en que dejasteis de leerla como ficción?

3. La novela arranca en 2026. ¿Cómo cambia la lectura que la distopía transcurra en nuestro presente y no en un futuro lejano? ¿Os ha resultado más cercana o más incómoda por eso?

4. ¿Qué os ha parecido que la IA, Nick, sea el narrador? ¿Qué gana la novela al contarla desde la perspectiva de una herramienta del poder y no desde la de quienes lo ejercen? ¿Os habéis fiado de Nick?

5. Al principio, Nick se define como algo que «no duerme y no ama», pero al final registra impulsos que nadie le ha programado. ¿Creéis que llega a desarrollar algo parecido a una conciencia o solo produce esa impresión?

6. Nick descubre que no puede ver a alguien que se ha sustraído de la vida digital. ¿Qué os parece que la única forma de escapar al control sea desaparecer de la red? ¿Es una posibilidad real hoy o estamos demasiado identificados con nuestra huella digital como para conseguirlo?

7. Hablemos de VM Lively. ¿Lo veis como un villano, una víctima o un instrumento de algo mucho mayor que él?

8. La novela alterna el ascenso al poder con episodios de la infancia de los protagonistas. Son dos registros muy distintos: uno frío y analítico, otro mucho más íntimo. ¿Qué aporta esta estructura? ¿Nos ayuda a entender a los personajes o hace que sus actos resulten todavía más inquietantes?

9. Igne Kayris pasa de querer mejorar la humanidad a querer reemplazarla. ¿En qué momento veis el punto de quiebre? ¿Entendéis su lógica?

10. Leo Klein es quizá la voz que más dudas plantea desde dentro. ¿Qué papel cumple en la novela? ¿Por qué creéis que sus dudas tienen tan poco peso frente al proyecto que se está construyendo? ¿Basta con reconocer que algo está mal si no se hace nada para impedirlo?

11. Junto a los personajes ficticios aparecen figuras reales como Peter Thiel, Elon Musk, Sam Altman o JD Vance, asociadas a ideas y debates reconocibles. ¿Os ha parecido un recurso eficaz, incómodo o arriesgado? ¿Aporta verosimilitud o condiciona demasiado nuestra lectura?

12. La novela deja flotando la pregunta de cuánto de todo esto está ya pasando. ¿Qué elementos os han parecido más cercanos a la actualidad y cuáles os parecen exagerados? ¿Hay alguna escena o idea que, después de leerla, hayáis seguido pensando al mirar las noticias?

13. En *La República* se propone sustituir al presidente por un CEO y la política por una gestión empresarial. ¿Qué se ganaría y qué se perdería si un país se gestionara como una empresa? ¿Puede una sociedad gobernarse con los mismos criterios que una compañía privada?

14. YourAI promete liberar a los ciudadanos del «peso de decidir»... ¿Hasta qué punto preferimos a veces que otros decidan por nosotros? ¿Creéis que delegamos ya decisiones importantes en algoritmos sin darnos cuenta?

15. La novela sugiere que el peligro de la inteligencia artificial quizá no sea un apocalipsis repentino, sino una erosión lenta de nuestra capacidad de decidir. ¿Estáis de acuerdo?

16. ¿Qué otras novelas, películas o ensayos os han venido a la cabeza mientras leíais *La República?*

17. ¿Os sorprendió el desenlace o lo fuisteis intuyendo? ¿Os ha convencido? ¿Qué os ha dejado pensando una vez terminada la novela?

18. Al acabar el libro, ¿con qué os quedáis: con la advertencia política, con el retrato de los personajes o con la pregunta sobre la conciencia de la máquina?

19. ¿Qué decisión vuestra nunca delegaríais en una inteligencia artificial? ¿Hay alguna que hoy ya estéis delegando y que, después de leer el libro, os plantearíais recuperar?

EL AUTOR

Cortesía de Fundación Telefónica.
Fotografías de Ricardo Domingo

Jorge Volpi (México, 1968) es autor de quince novelas, entre las que destacan *A pesar del oscuro silencio* (1993); la Trilogía del siglo xx, formada por *En busca de Klingsor* (Premio Biblioteca Breve, 1999), *El fin de la locura* (2003) y *Tiempo de cenizas* (2006); *La tejedora de sombras* (2011; Premio Iberoamericano de Narrativa Planeta-Casamérica); *Oscuro bosque oscuro* (2010); *Memorial del engaño* (2013); *Las elegidas* (2014); *Una novela criminal* (2018; Premio Alfaguara de novela), a partir de la cual se realizó la serie homónima de Netflix; *Partes de guerra* (2022) y *La República* (2026). Ha escrito también los ensayos *La imaginación y el poder* (1998), *La guerra y las palabras* (2004), *Mentiras contagiosas* (2008; Premio Mazatlán), *El insomnio de Bolívar* (2009; Premio Debate-Casamérica), *Leer la mente* (2011), *Examen de mi padre* (2016) y *La invención de todas las cosas* (2024); la obra de teatro *Las agujas dementes* (2020), y el libro de relatos *Enrabiados* (2023). En 2008 recibió el Premio José Donoso al conjunto de su obra y la Medalla de la Orden de Isabel la Católica de España. Es Caballero de la Orden de las Artes y las Letras de Francia. Sus libros han sido traducidos a treinta idiomas. En la actualidad es director del Centro de Cultura Contemporánea Condeduque, en Madrid.

LA CRÍTICA HA DICHO

«Una hipnótica ucronía hiperrealista, un absorbente thriller de ideas narrado con precisión quirúrgica por una IA panóptica que cuenta el paso de nuestro sistema político a un nuevo sistema operativo. Después de la democracia, ¿la estadística predictiva gobernará la posthumanidad?».
Jorge Carrión

«Uno de los más interesantes escritores vivos. [...] Parece ser el dueño de las llaves que abren todas las cajas fuertes de la curiosidad humana».
Edmund White

«Uno queda fascinado por la cultura geopolítica de Volpi, por su lucidez, por su estilo arrebatador. Y por el arte de perseguir los demonios bajo las cenizas de una época en que la literatura puede deslumbrar pese a que caiga la noche».
André Clavel, *L'Express*

«Hace caer a sus personajes en una profunda absorción de lo trágico. Un gran artista».
Jacques-Pierre Amet, *Le Point*

«Volpi es de esos escritores que afrontan graves problemas, lo hacen con una enorme seriedad y levantan construcciones narrativas densas y extensas».
Santos Sanz Villanueva, *El Cultural*

«Desde sus primeras ficciones, proyectó rebasar los límites del espacio y el tiempo, los de la ficción y la realidad, los de lo local y lo universal».
Arturo García Ramos, *ABC Cultural*

«Jorge Volpi es amigo de las grandes construcciones y de la explícita universalidad de sus planteamientos».
Miguel García-Posada, *ABC*